



LEONTYNE PRICE, Por Maribel Orgaz

Si hay una voz de soprano para Verdi -y yo añadiría Puccini- es la de Leontyne Price. Definida por Julio Cortázar como el resultado de un vertiginoso microcosmo cada vez más diferente, el resonador final de una alquimia casi inconcebible; Pryce nació en Mississippi (EE.UU.) y alcanzó fama mundial con su interpretación de Tosca (Puccini) en 1955. La retransmisión de esta obra por televisión supuso un ascenso meteórico en su carrera ya que era la primera vez que una cantante de raza negra cantaba ópera en ese medio. Según detalla el crítico musical, Ignacio Deleyto Alcalá en la revista Filomúsica (número 7, agosto 2000) su fama se extendió desde entonces, de forma fulgurante por América y Europa. Pryce siempre cuidó su repertorio y su voz con exquisitez, era una mujer apasionada, elegante y perfeccionista.

Una auténtica prima donna, una diva que supo abandonar los escenarios en el momento justo, en plenitud de sus

facultades vocales. "Prefiero que me pregunten por qué me retiro y no por qué no lo hago", declaró cuando en 1985 cantó por última vez *Aida* (Verdi). Fiel a esta idea de dar lo mejor de sí mismo, su capacidad de trabajo era inagotable: es sorprendente el cuidado con el que elegía la ropa para cada actuación, cualquier complemento del traje, hasta incluso detalles minúsculos. Leer sus explicaciones acerca de cómo abordaba la preparación de sus roles, de cómo dosificaba cada aparición pública y cada temporada operística produce casi agotamiento. La minuciosidad y profesionalidad de Leontyne Price tuvieron su fruto. De todos los papeles que representó, ella prefería *Aida*: "mi parte guerrera, el latido de mi corazón, el papel que me hizo sentir más bellamente negra, y la única vez que siendo una soprano negra, canté una heroína negra".

Sin embargo, también negó siempre que su color fuera alguna característica singular de un personaje o que se convirtiera en una representante de su raza. "No soy una Juana de Arco de chocolate, cualquiera podría haber hecho lo que yo hice", afirmó rotunda. Es difícil creer ese arrebatado de falsa modestia, porque si algo la caracterizó fue su orgullo, además de su entrega total a la profesión. Esto último tuvo, indudablemente, repercusión en su vida privada: la cantante reconoce que no quiso dedicarse a una pareja o tener hijos, porque todo se lo dio al canto. Fuera como fuese, los resultados

son soberbios. Oír su voz, oscura, sensual, que emerge de lo más profundo de su corazón y de sus entrañas en los registros bajos para llamar a su amante Mario, en Tosca es único y extraordinario. En las notas altas, en las que su voz de soprano spinto emerge poderosa y triunfal, la Pryce provoca un escalofrío estremecedor. Ella comentó en una entrevista coqueta y divertida que su voz era una de las más bellas de soprano lírica que había oído. "Es un instrumento del alma", afirmó también. Y desde luego, así lo parece.



